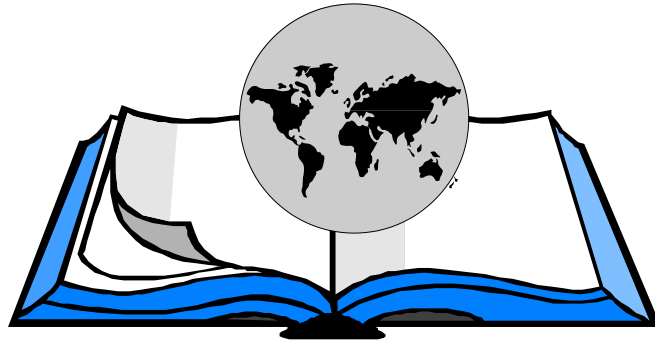


**Autor:**  
**Roberto Palomares González.**

## MUNDO MÁGICO



El cuarto era reducido, las láminas del techo dejaban pasar los rayos del sol por sus múltiples aberturas; las paredes de ladrillos sin enjarrar, cubiertas de calendarios con dibujos y litografías de la virgen de Guadalupe y Jesucristo.

Al centro, una mesa desvencijada y tres sillas con las patas parchadas, en un espacio que hacía las veces de cocina, sala y comedor.

- Ven, hijo, a desayunar, para que te vayas a la escuela.
- Sí mamá, luego que me ponga los zapatos.
- ¿Revisaste bien, los problemas de la tarea de matemáticas?
- Sí, aunque las operaciones de “casita” se me hicieron difíciles.

El diálogo entre “Juanillo” y Victoria, su mamá, transcurría en un clima de afecto y respeto entre madre e hijo, lo que era cotidiano en

el hogar, donde reinaba la armonía entre ambos y la risa de “Juanillo” cubría el espacio de soledad, que generaba la falta de su padre.

Victoria, era una señora agradable, de escasos treinta y ocho años, el rostro moreno lo adornaba un par de trenzas de negro brillo y el inconfundible olor a limpio después del baño matutino. En sus ojos se reflejaban la nostalgia y el dolor por la pérdida de Vicente, su esposo y padre de “Juanillo”, ocurrida hacía apenas un año, cuando el niño acababa de cumplir 9 años.

Camino de la escuela, “Juanillo” solía echar a volar su imaginación y hablarse a sí mismo:

- Cuando sea grande, voy a ser Arquitecto, juntar mucho dinero para ayudar a mi mamá para que no trabaje y poder viajar para poder conocer muchos países y personas.

El deseo de “Juanillo” parecía un sueño lejano de realizar. Las carencias económicas en su pequeña familia, eran una carga para su mamá, quien con muchos sacrificios sostenía el hogar, lavando y planchando ropa ajena, vendiendo empanadas a la hora del recreo en la escuela donde estudiaba su hijo; y vendiendo cena en su casa, los fines de semana.

“Juanillo” era un niño inquieto y sus vivaces ojos denotaban su inteligencia, era hijo único del matrimonio entre Victoria y Vicente.

Adoraba a su madre y se lo demostraba con el cariño diario; además era respetuoso y buen hijo. El estudio era para él un placer, aunque en ocasiones el cansancio, por la fatiga del trabajo de ayudar a su mamá en las labores domésticas y la venta de paletas en las tardes, lo vencían al leer un libro.

Ese día en la escuela, su maestra, en la clase de español, indica al grupo:

- El trabajo a realizar de manera individual, es una investigación y resumen, de aquello que les resulte interesante de un libro.
- ¿Está abierta la biblioteca? – Preguntó “Juanillo” – tomando su libreta y un lápiz, apresurándose a salir del salón de clases.
- Sí – respondió la maestra – cuiden los libros y por ningún motivo los rayen.

En la biblioteca de la escuela, después de revisar varios libros, “Juanillo” tomó uno en cuyo título se leía: “Maravillas de la Naturaleza y del Hombre”.

Al abrir el libro, el cansancio pudo más que el interés de “Juanillo”. Fue cerrando los ojos lentamente por la pesadez que en sus párpados sentía, tuvo la sensación de que flotaba como en una nube; y oyó una voz que le decía:

- No temas, apoya tu mano izquierda en el índice y la derecha en mis hojas; te llevaré al mundo mágico con el que siempre has soñado.
- ¡Estoy en un libro! – dijo con sorpresa “Juanillo” - ¡Es increíble! – ¡Vamos amigo, que contigo me siento confiado y seguro!
- ¿A dónde quieres ir primero? – preguntó el libro.
- Al mundo de la naturaleza y de los animales – contestó “Juanillo” con gran entusiasmo.

El viaje que “Juanillo” emprendió en compañía del libro, fue lo más maravilloso que le había ocurrido en su corta vida.

Primero quiso conocer México, y recorrieron desde Chiapas hasta Chihuahua; desde Baja California hasta Yucatán, disfrutando de las maravillas naturales; asombrándose por la “selva chiapaneca” y el “cañón del sumidero”; impresionándose por los “cenotes sagrados” y las cuevas submarinas en la blanca Mérida. Reconociendo la imponente belleza del Popocatepetl y del Ixtlacihuatl; así como la impresionante altura del “Pico de Orizaba”, volcán que se observa desde varios estados mexicanos.

La “Barranca del Cobre” en Chihuahua, le hizo sentir la maravilla natural de la orografía mexicana, motivándolo a conocer nuestro país y otros países, donde la naturaleza lo cautivó y lo maravilló como en el caso de las “Cataratas Victoria” sobre el río Zambeze en

África, las más grandes del mundo y la majestuosidad del “Everest” en los Montes Himalaya de Nepal y Tíbet.

Viajaron por todo el mundo. “Juanillo” pudo disfrutar de la belleza animal en su habitat natural. Impresionado por el espectáculo de las ballenas grises en Guerrero Negro, Baja California. La gracia de las focas que compartían territorio con el oso polar.

Le hicieron reír los saltos graciosos de los canguros en Australia, la simpatía de los osos pandas en la China. Le sorprendió la gran variedad de animales de la sabana africana, entre ellos, elefantes, leones, jirafas, rinocerontes y cebras, entre otros, la mayoría observados en los Zoológicos de México.

Sintió respeto y admiración por el Quetzal, una diminuta ave de Guatemala, símbolo de la libertad, ya que el cautiverio le provoca la muerte.

- Me gustaría conocer ciudades famosas – dijo “Juanillo”, muy feliz, a su amigo el libro.
- Te llevaré – dijo el libro – desde las ruinas más importantes, los lugares más enigmáticos, hasta las grandes ciudades del mundo moderno.

Así, partieron – siempre desde México – de las Pirámides de Teotihuacán a conocer el mundo.

Le enseñó el símbolo de la cultura zapoteca: Monte Albán, ubicada en las cumbres de las montañas que rodean la ciudad de Oaxaca. Lo llevó a conocer la fabulosa cultura maya, sus impresionantes pirámides truncas; y la tumba de Palenque.

Lo condujo por la siempre culta y bella Grecia, donde pudo admirar el Partenón y las esculturas de mármol. Por la antigua Roma y su grandioso Coliseo, impresionándose en Italia con la monumental capilla sixtina con sus frescos pintados por Miguel ángel. Además le mostró las ruinas de Machu Pichu, imponente y enigmática ciudad de los dioses incas, ubicada en lo más alto de los Andes.

Su amigo, el libro, lo sorprendió al mostrarle los enigmas actuales de civilizaciones ya extinguidas, como las figuras de Nazca, en Perú; el Calendario solar de Stonehenge, en Inglaterra; y los gigantes de piedra de la Isla de Pascua, frente a las costas de Chile.

Lo transportó a las grandes urbes: Nueva York con sus enormes rascacielos; México, con su torre Latinoamericana, El Palacio de la Bellas Artes y el estadio Azteca, uno de los más grande y bellos del mundo, después del Maracaná, en Brasil.

Conoció Francia, la “Ciudad Luz”, con su maravillosa Torre Eiffel y se embelesó con los palacios de San Petersburgo, en la antigua Rusia.

Por último, le hizo vivir y compartir la fantasía de los personajes de la literatura universal y la biografía de hombres ilustres.

Así, sintió respeto y admiración por “el Quijote y Sancho Panza”, que con su Hidalguía recorrían el mundo desfaciendo entuertos.

Vivió las emociones de un amor hasta la muerte con “Romeo y Julieta”. Las tristezas de un “coronel” que no tenía quien le escribiera; así como la historia generacional de Macondo ”en los “Cien Años de Soledad”

Lloró y se entristeció con la vida de sufrimientos de Hellen Keller, pero se emocionó por el deseo de lucha por ella mostrada, dentro de su tragedia.

Pero lo que dejó una huella imborrable en su corazón, fueron dos personajes de la historia universal: Gandhi y la Madre Teresa de Calcuta, quienes a través del amor y la búsqueda constante de la paz, dejaron un legado al hombre, para lograr la convivencia social y las relaciones entre los gobiernos...

- Pobrecito – dijo la maestra, al verlo dormido sobre la mesa – ha de estar muy cansado.
- “Juanillo”, despierta – le tocó el brazo y le dio una sacudida, un compañero de clases – te está esperando tu mamá.

- “Juanillo”, abrió los ojos, observó a su alrededor, dibujó una amplia sonrisa en su rostro infantil. Los ojos le brillaban de emoción, cuando preguntó:
- ¿Me puedo llevar el libro a mi casa?

Hoy, después de 10 años, en la pared de una oficina, llena de diplomas y reconocimientos, destaca un título de Arquitecto con el nombre de Juan de Dios Sánchez Meza.

Detrás del escritorio, un joven inteligente y distinguido, refleja con mayor madurez al otrora “Juanillo”, que ya no sueña con ahorrar para viajar, sino en seguir apoyando a su mamacita y aumentar el número de libros de su biblioteca particular, que ocupa dos paredes de su oficina. Recordando con felicidad que sus “amigos”, los libros, lo llevaron a conocer y disfrutar de un **“MUNDO MÁGICO”**.